

Relación padres e hijos



Hno. Rodolfo
Bianciotti

Es muy importante que los padres escuchen a sus hijos; se interesen por sus logros; conozcan a sus amigos; intuyan si están pasando por un mal momento.



Freepik

El tema es tan antiguo como el hombre. Veamos un pantallazo de las últimas décadas. Naturalmente, como todo pantallazo, es una visión tanto simplificada.

Hasta la década del 60-70 la educación, tanto en la familia como en la escuela, consistía en el cumplimiento de una serie de normas dentro de las cuales debían moverse los niños considerados “buenos”.

Estas normas actuaban como andamios o moldes. El resultado se manifestaba en conductas semejantes. Por ejemplo: “*Cuando*

hablan los mayores, los chicos se callan”; en el aula los alumnos debían estar en absoluto silencio; en la iglesia todos debían arrodillarse de una determinada manera. Las reglas alcanzaban también la forma de vestirse o peinarse –basta ver viejas fotografías escolares– y así podríamos seguir.

Posteriormente se tomó conciencia de que los niños también piensan y que, aun pensando diferente de los padres y maestros, no por eso están necesariamente equivocados. Poco a poco los niños y adolescentes fueron adquiriendo mayor autonomía y protagonismo.

Es verdad que hoy se pasa, quizás, al otro extremo como consecuencia de la ley del péndulo. Si bien ciertas costumbres cayeron en desuso por su propio peso, también es verdad que algunos valores inmutables son descuidados, como la honestidad, el matrimonio y la familia. Pareciera que hoy “todo vale”, basta con que me guste y yo lo sienta.

Pero maticemos un poco. Estas dos visiones contrapuestas responden a teorías filosóficas sobre el concepto de *hombre* y no todo es negativo. De ambas es posible rescatar algunos valores y lograr un sano equilibrio.

Las normas, en sí mismas, no son malas. Es más, son necesarias. En la escuela o en un condominio se las denomina “normas de convivencia”. Igualmente, en la familia son necesarios ciertos acuerdos que surgen del sentido común. No puedo sentarme a comer a la hora que se me ocurra ni poner la música a todo volumen mientras mi familia duerme. Y en el desarrollo armónico del niño son necesarios los límites. No por la norma en sí, sino para formarlo y prepararlo para la vida.

Algunos autores sostienen que los padres tienen que ser padre y madre al mismo tiempo. Me explico. La madre con su ternura, su cuidado, su contención y sus caricias genera en el niño: «Yo soy de mamá», es decir, crea “pertenencia”.

El padre, por su parte, es quien genera “estructura”. Es decir, prepara para la vida. Es el que, por un lado, pone límites: «estudia», «no le faltes el respeto a tu mamá» y, por otro, es el que alienta y acompaña.

Estas dos características de ser padre y madre tienen que vivirse equilibradamente, pero siempre con el firme deseo de buscar el bien de los hijos. El educador, por su parte —sea hombre o mujer— también tiene que ser, al mismo tiempo, padre y madre.

Para concluir: es muy importante que los padres escuchen a sus hijos; se interesen por sus logros; conozcan a sus amigos; intuyan si están pasando por un mal momento; los orienten y, sobre todo, que les manifiesten su afecto y sepan ponerles algunos límites, que son también una manifestación de amor.

Pero, ¿qué pasa si el hijo adolescente expresa que quiere un arito o la hija desea teñirse de rojo? Desde ya que el arito o el pelo rojo no los harán ni mejores ni peores. Será cuestión de conversar con ellos sobre los pro, los contra y los por qué, aunque no se considere sea un drama.

En ciertas ocasiones es preferible ceder en lo que es indiferente para poder exigir, luego, en lo que no es negociable: el respeto, la honestidad, los buenos modales, la tolerancia, la familia, los valores cristianos...

Seguramente María y José le habrán tenido que enseñar al Niño Jesús a comportarse en la mesa, a saludar a los vecinos y a respetar las normas familiares, sociales y religiosas de su época.



Freepik pressfoto

Reflexionemos

- El Papa Francisco destaca el rol de los abuelos en la transmisión de los valores. ¿Qué valores te han inculcado tus abuelos? ¿Y tus padres?
- ¿Cuál, de esos valores, es el que consideras más importante?
- En un momento de oración agradece a Dios los valores que recibiste de tus mayores.